

Hacia un día tan hermoso, que Juan Dayel, engolfado desde la mañana en su trabajo, una tanda de vales prometidos para breve plazo á un editor, no podía resistir á los encantos de aquel sol de primavera, ya próxima al verano, cuyos rayos jugueteaban entre el follaje de los grandes álamos que asomaba tras el pretil del muelle, en frente de su habitación. Era un día claro y azul : había abierto de par en par su ventana, una ventana muy grande de una casa muy antigua de la isla de San Luis, y de pie contra la jamba, liando un cigarrillo, permaneció contemplando en ensueño, aquel rincón del viejo París, aún majestuoso, aún aristocrático, á pesar del vandalismo comercial que no perdona recuerdo alguno y ahuyenta de los viejos edificios los antiguos espíritus familiares.

Aunque hubiera querido dar fin á su tarea, de la que estaba ya un poco cansado, después de una

semana que le absorbiera sin descanso, sentíase Juan invadido por la pereza, por impaciencias de estudiante, que, abrumado por la atmósfera del colegio, aguarda ansioso las campanadas del reloj, pensando en el paseo que dará y en los placeres que le aguardan allende la puerta. Miró el piano, y sin entusiasmo, repitió una coda que no le acababa de gustar y cuya factura cambió. No le cundía el trabajo, no acertaba con nada : mejor quizás, ideas incoherentes le bullían en el cerebro. Repetíase la letra de una romanza, que le habían llevado la vispera y que le obsesionaba con su trivialidad primaveral; había encontrado el motivo y no podía librarse de él :

Á anunciar la estación de los amores,
Ha venido ya el sol.
Y tus ojos, de luz abrasadores,
Despiertan el amor.

No era poesía muy elevada, seguramente, pero la música sería fácil. Peores letras habían alcanzado gran popularidad.

Hubiera querido de todos modos concluir su trabajo. Animosamente, volvía á tocar su vals, buscaba...

— ¡Ea! exclamó por fin levantándose y rechazando con el pie su taburete. Hoy no haría ya nada bueno.

Medía á pasos su habitación, enfurecido contra

aquella pereza que le inutilizaba. Al fin salió, resignado, prometiéndose trabajar por la noche, para terminar de una vez aquella tarea, que resultaba abrumadora, pasado el entusiasmo de los primeros días.

Paseaba á lo largo de los muelles, interesándose por los incidentes más insignificantes, por los trabajadores de las orillas. Los cargadores ruando toneles, los areneros cribando arena, los marineros desembarcando mercaderías, el vaivén de la pintoresca arboladura de los botes, junto á la ribera, le distraían.

El sol empezaba á declinar, filtrando sus ardientes fulgores entre las hojas de los árboles; las sombras se prolongaban desmesuradamente sobre los muros y los pavimentos. Pasaban remolcadores arrastrando hileras de embarcaciones pesadas, mugiendo en las sinuosidades del río, que reflejaba sus imágenes; en la cubierta de las barcas las mujeres se movían, encendiendo el fuego para la cena, mientras que la chiquillería corría al rededor de los pequeños tambuchos pintados de claro.

Así discurriendo, había alcanzado Dayel la punta de la isla; apoyado en el parapeto, contemplaba la rumorosa ciudad, de la que le parecía estar aislado en aquel rincón tranquilo, casi desierto, propicio á fecundos fantaseos. La Casa Consistorial

iluminada por el sol poniente, la cincelada masa de la grisea catedral, Nuestra Señora de París, cuyas torres y aguja se bañaban en el azul, fijaron sus miradas, despertaron sus recuerdos, evocaron sus entusiasmos por la bellas páginas del poeta, Víctor Hugo, en la época de su iniciación de artista que conoce tarde las obras maestras. Lamentaba tantas y tan hermosas horas perdidas en las tareas exigidas por la necesidad, todo aquel tiempo robado á la vida.

Iba llegando á la *Cité*, cuya animación á aquella hora le entusiasmaba; dirigió una última mirada á los viejos hoteles del muelle de San Luis, pensando en el deleite que experimentaría evocando en delicadas pavanas, la gracia arcaica de sus constructores, los tiernos coloquios y los sentimentalismos de los tiempos que huyeron, los falbaláes y preciosos perifollos de las bellas y señoras ya muertos y que, á veces, debían de revivir, cuando se desvanecen las modernas plititudes que todo lo invaden; y se extingue con el día el prosaísmo, destructor de los recuerdos.

Había atravesado la inmensa plaza del mercado de aves, y por la calle de Arcole, verdeante y alegre, pasando los muros del Hôtel-Dieu, llegaba al atrio de Nuestra Señora, surcado de coches y transeuntes, atareados con sus ocupaciones, ó libres ya y felices de volver á sus hogares.

Un grupo obstruía la estrecha calle del Claustro, de la que salía el murmurio de una canción, y los lastimeros acentos de un violín que acompañaban la voz del cantor. Dayel oyó algunas palabras y distinguió la tonada en medio de los innumerables rumores de la gran ciudad; era un vals publicado el año anterior, y que recorría las calles en éxito triunfal.

Entre las violetas, estábamos sentados,
Oyendo entre el ramaje las aves gorjear;
Tu mano deshojaba las blancas margaritas...

Las finas voces de las jóvenes repetían; Dayel se sintió emocionado por aquel hálito de amor que se desprendía de su música. Él, que se burlaba á menudo de esas producciones sin importancia arrojadas á la multitud, maravillábase al ver que tales trivialidades despertaban no obstante el ideal, como una centella minúscula provoca un gran incendio. La letra se destacaba repetida por veinte voces, escuchada con atención.

Ligera pasa la estación florida,
Al breve marchitarse de sus flores;
Y así pasa el cariño por la vida,
Dejando en pos dolores.

Una hora he soñado,
Un sueño de belleza encantadora,
¡ Y es tan breve una hora !

Las claras voces de juventud languidecían al final, enternecidas; el coplero ofrecía ahora « La hora breve; letra y música. » Y numerosas manos se tendían, manos de mujeres y niños, compradoras del ideal de una hora por dos sueldos.

Dayel no había previsto, en verdad, para sus romanzas la popularidad callejera; aquello era un azar del éxito; pero lejos de molestarse infundíale íntimo placer aquella felicidad fugitiva que él proporcionaba.

Quizá también, aquel día, la hora azul y gris, la tranquilidad de aquel rincón parisiense, á pesar de la proximidad del gentío que pasaba, la belleza de la decoración, el silencioso grupo al pie de aquella masa de piedra cincelada, las gráciles siluetas sobre las cuales avanzaban las monstruosas gárgolas, la alegría de la primavera ambiente, le exaltaban, suscitándole deseos de caricias, sin que de todo aquello pudiera distinguir las causas.

Una rubia griseta se separaba del grupo, dirigiéndose hacia el puente y la ruidosa calle de Rivoli, cuya penumbra se salpicaba ya de moscas de luz: Dayel la siguió, seducido por la elegancia natural de sus andares, la esbeltez de su talle, una cierta melancolía que había creído leer en sus ojos apenas entrevistos.

Era sin duda una de las cien mil que, cada mañana y cada noche repasan el camino de la casa al

obrador y del obrador á la casa. Su aire parecía discreto, andaba erguida, entre el gentío, sin detenerse, aguijando, visiblemente contrariada de que la siguieran.

— Con permiso, señorita...

Dayel estaba ante ella, balbuciente, no osando decir otra cosa, temeroso de enajenarse irremediabilmente la simpatía de la muchacha, si profería alguna frase que la lastimara.

— No se incomode Vd. — ... se lo pido de veras...

Ella se había detenido, turbada, perdida en la sombra del ramaje que asomaba del muro, y que la noche ennegrecía. Juan la había saludado correctamente, y en verdad parecía tan tímido, su voz sonaba tan dulce y temblorosa, había tomado tan respetuosa actitud que ella no había osado esquivarse y continuar su camino sin una mirada para aquel suplicante, acaso sincero. Sentía que una severidad excesiva hubiera apenado inútilmente al desconocido.

Rápidamente, con una mirada, había juzgado á Dayel : no era un perseguidor vulgar, su porte elegante, sus modales, no eran los de un vividor, los de un burgués ó un empleadillo cualquiera.

— Pero, caballero...

— Vá. lleva consigo algo de mí, — dijo Juan señalando la canción que asomaba por el man-

guito de la muchacha. — Perdone Vd. que me presente de un modo tan brusco... Quisiera acompañarla á Vd. un minuto, hablar un poco... Vd. debe de ser buena.

La miraba ahora sin reparo, buscando con sus ojos los de ella, caminando á su lado ; le había puesto en la mano un papel, y ella, maquinalmente, lo había leído.

Ella no respondía, vergonzosa, algo perpleja, impresionada por el respeto que el músico le manifestaba. Por fin se atrevió á hablar : volvía á su casa, muy lejos, en la calle del Temple. Era modista y trabajaba en un gran taller del barrio de San Germán.

Iba tomando cada vez más ánimo y contestaba á las preguntas que arriesgaba Juan Dayel : vivía sola, estaba huérfana desde hacía años ; pero por lo demás no había que tenerle lástima, se ganaba la vida.

En sus palabras vibraba el orgullo de la creadora de graciosas frivolidades, feliz en afirmar su habilidad, la maestría en su arte. Y escuchaba á Dayel, que le contaba su vida, su soledad á veces tan dolorosa, el descorazonamiento de los placeres pasajeros, de las dudosas afecciones que acarrear pronto el desencanto.

Ella le escuchaba, impresionada por aquel lenguaje para ella ignorado, por la repentina confianza

que le mostraba el desconocido. Seguramente decía verdad; también él estaba solo y sufría de aquel vacío en que sentía ella perderse su vida.

Muchas veces hombres de todas clases la habían abordado; ella los había esquivado huyendo de la platitud que la descorazonaba, vivía miedosa de las frases indecentes que viejos y jovencuelos habían murmurado á veces en sus oídos. Dayel le contaba ahora sus esfuerzos de artista, sus esperanzas; lleno de curiosidad le hacía también á ella contar su vida; y la muchacha, confiada á su vez, arrastrada por un verdadero afecto que sentía ya nacer en sí, le hablaba de la monotonía de días siempre iguales, entrecortados por domingos que el aburrimiento dejaba sin placeres, pero que por lo menos le proporcionaban descanso. Adoraba los largos paseos que hacía fuera de París, en los días que el sol alegraba, generalmente sola, ó si acaso con alguna amiga de verdad; y manifestaba su horror por las galanterías, mostrándose reservada y juiciosa, pero sin ñoñería, sin hipócrita afectación.

Iban así, por las calles populosas, platicando como viejos amigos: Dayel, que le había ofrecido su brazo, la guiaba entre los grupos que se estacionaban ante las puertas y obstruían las calles más estrechas.

Al lado de ella, sentíase Dayel penetrado del

calor de abril; amaba ya su compañía, aun sin darse exacta cuenta del sentimiento que había nacido en él por aquella muchacha ya tan sentada y tan mujer, de una evidente nitidez de inteligencia; pero le asaltaba el temor de desviar la conversación y desenmascarse demasiado pronto; ella era juiciosa seguramente y se sublevaría contra una declaración demasiado viva, prematura.

Dayel se maravillaba interiormente al comprender la verdadera pureza de aquella alma tierna, aun no desflorada. Ella debía de conocer algo la vida, sin duda; pero las promiscuidades de la existencia cotidiana no le habían abierto los ojos sino para ponerla en guardia; su instintiva delicadeza, el amor de blancura que alienta en ciertas almas la habían preservado evidentemente de compromisos galantes, de rápidos amores de los cuales no concebía sino la bajeza.

No se atrevía á creerla intacta, pero en sus palabras y sencillez, podía vislumbrarse una dignidad inconsciente mezclada á ensueños y aspiraciones altivas de una sincera ternura. Una joven así se entregaría ó se negaría obstinadamente. Sentíase Juan seducido ya, conquistado por aquella franqueza y lealtad de hombre unidas á tan delicada gracia, á aquel rubio encanto.

Próximos ya á la casa que ella habitaba, Juan se atrevió á preguntarle el nombre. Se llamaba Marta

Liveil; y añadió haber nacido en París, de un mecánico y una costurera.

— ¡ Marta!

Dayel pensaba que tal era el nombre que él le habría deseado, sencillo y lozano, como impregnado de la sabia dulzura de ella misma. — Y consiguió volver á encontrar á Marta el día siguiente y acompañarla de nuevo hasta la última esquina de la calle. Antes de dejarla, furtivamente, en su mano desenguantada, la besó.

París estaba ahora iluminado; las calles de los arrabales revestían el alegre aspecto de las noches radiantes en que los parisienses se placen en discurrir á lo largo de las calles, gozando la satisfacción del trabajo terminado.

Marchaban hacia el bulevar parejas, muchachas, gente del pueblo discurriendo frente los escaparates, amantes, familias de la clase media, en grupo, embarazando las aceras con sus bandadas de niños. De la plaza del Temple brotaban risas de mujeres alborozadas, y, á través de las avenidas, se difundían gritos de la chiquillería, llantos y carcajadas de los más pequeños, rebullicio de disputas y gorjeos de pajarillos.

Dayel volvió á dar en la isla de San Luis, alegre olvidado de su soledad, que llenaba ahora una figura, la figura de la simpática desconocida de mañana, imperiosa, pobladora de su ideal.

Horas enteras, ante el tranquilo río, que reflejaba los reverberos y las inquietas y negras sombras de los álamos de sus riberas, estuvo evocando al piano la imagen de la rubia Marta.

Vea su reposado andar, sus menudos y quebrados pies, se hallaba delante de ella, en la irradiación de sus ojazos inmensos, que iluminaban su rostro con una belleza mate, láctea, sus cabellos en crenchas de oro, ensortijados apenas sobre las sienes; una minúscula figurilla de que sólo aparecía al principio el fulgor de la mirada y el arco sanguinoso de los finos labios, imperceptiblemente realzados en los extremos. En su brazo sentía la mano de dedos finos y sonrosados, enguantada de negro.

El motivo que ahora ejecutaba, se adaptaba maravillosamente á los versos de una canción irónica y tierna, cuya música no había compuesto aún. Hacia dos meses que un amigo se la había encargado; un rondó de antiguo corte, de una sencilla estructura, como las que cantan las viejas de la aldea.

El amor es rubio, el amor es moreno.

Vino el amor á verme: yo no le conocía.
En tanto que yo hilaba, mil vueltas describía

Alrededor de mí.

Si era rubio ó moreno,

Yo no lo vi.

Hilaba y no le vi. Mas díjome al oído :
 Yo sé un mozo gallardo, yo sé un mozo garrido,
 Que se muere por tí.
 Si era rubio ó moreno,
 Yo no lo vi.

No le vi, que sus ojos los míos me cegaron;
 Y de blancas monedas, que en su mano sonaron,
 La cantilena oy.
 Si era rubio ó moreno,
 Yo no lo vi.

Vi el fulgor de sus ojos brillar sobre mi lecho;
 Y mis labios de grana, y mi cándido pecho
 Abrasados sentí.
 Si era rubio ó moreno,
 Yo no lo vi.

Sentí un dulce mareo, que mis ojos cerraba,
 En tanto que sus brazos á mi cuerpo enlazaba
 Con loco frenesí.
 Si era rubio ó moreno,
 Yo no lo vi.

No sé bien cómo era. Lo que tan sólo sé
 Es que hoy me aprietan mucho la falda y el corsé.
 ¿ Por qué será, ay de mí !
 Si era rubio ó moreno,
 ¡ Yo no lo vi !

Dayel estaba satisfecho del acompañamiento que le había inspirado aquella letrilla; hubiérase dicho que la felicidad había entrado con él en la estancia dorándolo todo de un indecible encanto. Quizás

también el alma de alguna mujer de un siglo ya muerto, que habitara allí en vida, acudía á inspirarle aquella música delicada y graciosamente arcaica.

Largo tiempo aún, hizo Dayel sonar las teclas. La inspiración pasaba deliciosamente, sin que turbara el esfuerzo su melodiosa fantasía, ya apasionada, ya lastimera, conmovedora ó risueña, para remontarse á una intensa voluptuosidad, y terminar muriendo lentamente en notas perladas, que se desgranaban, como caen canturreando una á una, de la rosa musgosa las perlas de agua.

Hasta el amanecer, Dayel estuvo trabajando, ó mejor dicho, haciendo música al acaso, para él, para la joven que se imaginaba errante en espíritu por la estancia, para los árboles, para su íntimo placer.

Levantóse tarde y se fué, mucho antes de la hora, á espiar la llegada de Marta. Ella no le había autorizado para llegar hasta la casa en que trabajaba, y él no osó aventurarse á tal; podría la muchacha incomodarse, temiendo los comadros de sus compañeras.

Declinaba la tarde, y un instante sufrió Juan ante la idea de que ella no viniera, de que hubiera cambiado el itinerario; quizás su asentada cabecita hubiera reflexionado seriamente en el incidente de la vispera y reprochádose su imprudente indulgen-

cia, habría podido decirse que aquel perseguidor era como tantos otros que la habían asediado. No tenía razón alguna para creerle menos comprometedor que los que otras veces encontrara; y no era Juan tan fatuo que diese tan pronto por hecha su conquista. Además, ella no obraba de ligero; había dicho verdad, al manifestar su horror por las aventuras triviales, su deseo de reservarse para una afección que vendría más tarde ó quizás nunca, pero cuya ilusión encantadora y ardiente, endulzaba de ensueños su soledad, calmaba su alma sedienta de sincera ternura.

Temería de seguro malgastar su delicadeza, dejarse engañar por vanas palabras: no se daría sino al que supiera inspirarle confianza en el porvenir, al que ella sintiera verdaderamente suyo.

Sensible en extremo, pensaba Dayel haber adivinado ya su alma á través del canto del día anterior, de las sencillas frases de aquella criatura, niña aún por la fresca lozanía de su voz, mujer ya por su conocimiento de la vida.

Y, precisamente, por haber comprendido aquel especial pudor, aquel temor al roce de las gentes, que ella había sentido en el medio en que se hallaba obligada á vivir, era por lo que Dayel tenía miedo y se sentía más sólo aún que antes de su encuentro de la víspera. Los mismos motivos de su estima,

causas de su angustia, le hacían temer que ella evitara encontrarle de nuevo.

Sin embargo, ella debía haber visto su respeto real; debía haber apreciado seguramente su pronta franqueza, su confianza verdaderamente rara y que demostraba haberle ella comprendido por entero en una sola mirada, en una palabra, en un gesto. Otra le hubiera encontrado ridículo en contar tan pronto su vida pasada, pero se había sentido impulsado á ello, deseoso de que, inmediatamente, ella le conociera como él creía haberla conocido á ella, desde el primer momento de la conversación.

Dayel paseaba el muelle por donde ella había venido la víspera; se había detenido un instante en la plaza del mercado, y luego delante de Nuestra Señora, á la entrada misma de la calle del Temple donde había estado cantando el coplero; acaso era la canción lo que había despertado la indulgencia en Marta: ella estaba aún bajo la impresión de la música, deseosa quizás de conocer al autor de la letra.

En aquella edad se cree en el amor. ¿Qué años podría ella tener? ¿Dieciocho? ¿Veinte?; Parecía tan tierna y al mismo tiempo tan mujer! Tendría veinte años, todo lo más.

El atrio de Nuestra Señora le parecía triste aquella tarde, y lúgubre la calle en cuya esquina la había

visto ayer, entre el grupo atento que rodeaba al cantor.

Pasaban nubes espesando la atmósfera, ennegreciendo las seculares piedras de la catedral, acentuando la pintoresca fealdad de la calle del Claustro, cortada por viejas callejuelas : un chalet de madera enlucido de pardo ostentaba su muestra que decía : *Dispensario gratuito*. Destacábanse las desconchaduras en los viejos paredones, y la pobreza de las casas, cubiertas las ventanas de ropa blanca tendida, de tientos con plantas esmirriadas, publicaba una miseria fea y vulgar, no disimulada ya por el sol, no alegrada por la animación de canciones callejeras.

Las descantilladas gárgolas se perfilaban cada vez más amenazadoras en la pesadez de la sombra ; la enorme masa de la catedral parecía pesar sobre las construcciones vecinas, aplastante.

Dayel subía hacia el bulevar de San Germán, revolviendo sus pensamientos, agitado según recuperaba ó perdía la esperanza del encuentro. Ajeno á la multitud, á la infinidad de transeuntes que recorrían á la hora aquella las vías, se hallaba solo, aislado de la barahunda de que maquinalmente formaba parte, inconsciente de los encontrones y del estrépito.

Se sobresaltó, estupefacto, cuando la muchacha se detuvo ante él, tendiéndole la mano, franca-

mente, como una buena compañera. Se guaseaba con zalamería de su distracción, riéndose de su aire entristecido, reprochándole no haberse fiado de su promesa.

— Ya veo que me va Vd. á acusar de faltar á mi palabra de ayer ; he tardado, es verdad, pero no por mi culpa... y ya aprenderá Vd., caballero, que nunca falto á mis promesas.

Dayel le daba las gracias, feliz ahora de tenerla junto á sí, recreándose en contemplarla tan alegre, tan bonita.

Como el día antes, la acompañó hasta algunos pasos de su casa, y aun la decidió á sentarse algunos minutos en la plaza, apesadumbrado de que le dejase tan pronto. Ella le despidió alegando el inconveniente de llamar la atención en la vecindad si volvía tarde, ella que era ordinariamente tan regular.

Y como Dayel se extrañara al ver que no temía ser vista de su brazo, Marta exclamó :

— No me importa nada, amigo mío : yo soy un muchacho, dueño de mis acciones. Además, tengo costumbre de no someterme á más criterio que al propio.

Era bien suya, verdaderamente, aquella franqueza : no tenía el falso pudor de otras más timoratas, y se le daba un ardite de los comadros, segura de sí misma, independiente, cuidadosa sin embargo de no parecer una despreocupada vulgar.

Una vez separados, Juan se estuvo aún paseando largo espacio por los muelles, antes de volver á casa : hacia ya calor y no podía resolverse á regresar á su hogar solitario. Veía á Marta de su brazo, lozana y sonriente, parloteando, contando sus impresiones en términos á la vez infantiles y llenos de observación personal, términos propios para describir las cosas que habían llamado su atención.

Ella le poseía ya; él, el artista despreocupado de antes, vivía asediado por su imagen. Marta seguía á su lado, aun después de separados; algo de ella se llevaba él consigo; su imagen le seguía cuando ella no estaba ya. Con frecuencia, en el curso de sus anteriores aventuras, Dayel había creído enamorarse seriamente de las mujeres que le habían conquistado por su gracia encantadora ó por su ligera silueta; había tenido así pasioncillas en su vida de artista, obligado á frecuentar diferentes medios. Algunas de estas habían durado unas cuantas semanas, y dos bastantes meses.

Varias le habían dejado una vaga nostalgia de besos fugitivos, que sus labios habían gustado apenas; pero conservaba vivo el recuerdo de las decepciones que todas sus precedentes uniones algo duraderas, le habían legado. Cada vez que había intentado despertar en sus queridas otra cosa que la antigua sensualidad, la desilusión se

presentaba tanto más cruel, cuanto más elevada había creído el alma de su compañera.

Placiase Juan Dayel en engastar sus propias sensaciones, en impregnar sus propios fantaseos, en la belleza de las mujeres que le atraían; y, durante mucho tiempo, estuvo sin comprender cómo la serenidad de los ojos y la armonía de las formas podían hermanarse con la bajeza de espíritu, la vulgaridad de pensamientos y palabras. Una voz bella no hubiera debido poder expresar sino cosas bellas; una mujer hermosa debiera ser buena, fatalmente. Así, las desilusiones que sucedían á sus efimeros amores, le habían sido tanto más penosas cuanto más había prestado de su propia bondad al idolo de un mes ó de una hora.

Pero esta vez había encontrado un alma sencilla, lealmente varonil, bajo una forma armoniosa y delicada, enérgica y dulce á la vez, capaz de comprender (así lo veía y lo sentía), todos sus quiméricos ensueños; Marta le adivinaba antes que él hablase, y se acordaba con él, porque había gustado quizás las mismas decepciones de la vida y de los seres.

Sus pensamientos se entendían y unían hasta el punto que Dayel se maravillaba en el fondo de que una mujer que le conocía de ayer, hubiera podido retratarle á sus ojos como ella lo había hecho, riñéndole por sus desalientos, por la impor-

tancia que él otorgaba á pequeñas sensaciones é insignificancias por las que se confesaba conturbado. Juan pensaba que jamás había antes sentido aquella obsesión de una imagen femenina, jamás se había visto así desdoblado, porque se sentía incompleto, cuando ella no estaba.

No osaba confesarse el inmenso deseo que tenía de ella, presa de una piedad que le hacía temer el ofender mentalmente á la que hubiera querido adorar, como un creyente á los pies de su santa predilecta.

Ahora, cada tarde, iba Dayel al encuentro de Marta y la acompañaba respetuoso, sin permitirse ni aun concebir la idea de un gesto dudoso ni de una palabra equívoca. Sus conversaciones se hacían de día en día más confidenciales, más íntimas, más largas también á medida que se alargaban los días, invitándoles á dar paseos á través de la ciudad.

Ella se interesaba por las tareas de Juan, le hacía referir sus proyectos; compartía sus preocupaciones de arte y de oficio, animándole al trabajo. Marta parecía comprender el perpetuo esfuerzo que mantiene la inteligencia de los artistas en tensión hacia una belleza cada vez más grande que la realizada en su última obra.

Dayel le agradecía que lo sostuviera así, ayu-

dándole en su lucha contra la impotencia en que creía caer á veces, desesperado por no encontrar, en sus horas de cansancio, la necesaria inspiración. Marta se hacía un placer de esta tarea que voluntariamente se había impuesto; se prometía una gran felicidad al contemplar, en un día próximo, el éxito de su amigo. Él se volvía ambicioso, soñaba ahora en una obra grandiosa, que le acarrearía gloria y una fortuna con que poder dar de lado á las tareas mercenarias, agotadoras.

Cada día, salvo importantísimas ocupaciones, trabajos absolutamente urgentes, iba Juan Dayel al encuentro de la modistilla, espionando su llegada. En delicioso y lento paseo, miraba entorno suyo, pensando á cada instante distinguir al revolver de la esquina la delicada silueta, esperada con febril impaciencia. Á su lado se rejuvenecía visiblemente, volvía á encontrar la lozania de sensación de sus primeros amores, parecidos á las flores tardías, pronto deshojadas, que brotan, pasada la estación, en las ramas ya desnudas.

La imagen de la grácil rubia le seguía por doquier, le acompañaba en sus horas de trabajo; cada día, después de su entrevista, él, antes más bien perezoso, se engolfaba en sus diversas tareas de arte ó de oficio, según que las necesidades de la existencia le dejaban algún respiro ó le acosaban con sus incesantes exigencias prosaicas.

La idea de que ella le preguntaría por sus trabajos, por los nuevos esfuerzos hechos, le comunicaba un ardor, raro en otro tiempo, por el deseo que alimentaba de poder contestar lealmente á su cariñoso interrogatorio cotidiano. Marta parecía gustar de sus composiciones, tomaba parte en sus enojos y satisfacciones de artista, ya contento con su obra presente, ya momentáneamente descorazonado. Ella levantaba su espíritu cansado, sabía calmar los enervamientos que produce la fatiga, inútil en los malos días de esterilidad. Pero estos períodos se hacían cada vez menos frecuentes; hubiérase dicho que de cada frase de Marta, de cada uno de sus gestos, emanaba una inspiración; casi cada cita se convertía para Dayel en una excitación fecunda en que su talento trabajaba por sí mismo. Era una hora del día en que los motivos zumbaban en su cabeza, y se desprendían luego netamente, para dibujarse, á veces de golpe, en su forma definitiva.

Rara vez, en otro tiempo, había intentado el compositor ser poeta, acosado por el ritmo del cual no acertaba á determinar la idea: ahora compuso canciones cuyos versos nacieron en él inseparablemente unidos al motivo, que los envolvía.

Una sobre todo le satisfizo, inspirada por sus paseos al encuentro de Marta, por sus primeras conversaciones; y una tarde, más contento que de

costumbre, ofreció á Marta su dedicatoria, haciendo de ella el honor de la nueva obra. La joven se ruborizó mucho al oír de Juan que tan sólo su afeción, tan reciente y ya tan íntima, había hecho nacer aquel poema y aquella música: *Canción de abril*.

— Quizá me aventuro demasiado al decirle tanto — pensaba Juan; — pero la poesía autoriza estas audacias... Marta se sentirá quizás adulada al verme sin cesar preocupado por ella... ¿Quién sabe? ¿Se enfadará?

É improvisaba versos en que tuteaba á una imaginaria heroína, que en su ternura asimilaba á Marta, no pudiendo figurársela sino rubia, con el cálido matiz de las espigas maduras que doraba los cabellos de su amiga. A Marta, por su parte, no parecía incomodarle su ruego de que aceptara el homenaje de una canción que, animada por dos personajes, iba á representarse con todo primor en un elegante y pintoresco teatrillo de Montmartre: *la Roulotte*; una canción cuya letra y música tenía Dayel por una de sus mejores inspiraciones.

Como aquel largo día de sol, aún declinante, les permitía un paseo más largo, Dayel había llevado á la joven á lo largo de los parapetos, explicándole el encanto de aquel perezoso discurrir al borde del río, escuchando los rumores de la orilla entre los trabajadores de sus riberas.

— Hay momentos en que uno se abstrae de toda fealdad; no oye sino el chapaletéo del agua en los muelles, el susurro de la arena en las cribas, los aires que silban los marineros ociosos y la saloma de los que trabajan con rítmicos movimientos. ¿No hay ciertas horas en que se desvanece la tristeza de la decoración habitual, trasformada en un ensueño vivido?

— Sí, dijo ella; en que todo canta alrededor, en que todos los sonidos y todas las formas, nos hacen sentir belleza.

— ¿Y me permitirá Vd., amiga mía, invitarla á oír los aires que yo he percibido en el momento en que la hablaba? Desde que nos conocemos, todo en mí se transforma en armonía.

— ¡Ah! me gustaría mucho escuchar, entre otras, aquella canción de abril; no me atrevía á pedirselo..... Pero..... ¿Ir á su casa?

— ¿Le contraría á Vd. venir á ella? Sea Vd. franca. ¿No somos muy buenos amigos?

Y ella, sonriendo :

— Vd. es como un hermano mayor, largo tiempo ausente, á quien se vuelve á ver.

— Á mi me parece conocerla á Vd. desde mucho tiempo, Marta; se parece Vd. á una mujer con quien yo hubiera soñado en otro tiempo, y de la cual poseyera Vd. la belleza y la voz.....

— ¡Chis! dijo ella. Se prohíben las galanterías, caballero.

Ya habían pasado la catedral, el puente del arzobispado.

Tras la iglesia, en el jardincillo poblado de cantos y gritos alegres de niños en tropel, observaron que aquel rincón de tranquila verdura daba frente á la mansión de los muertos desconocidos.

— ¡La vida! murmuró Dayel, contrastes que se armonizan hasta la desafinación, las grandes enfermedades y las grandes penas; luego la muerte, el silencio del instrumento, las cuerdas rotas.

Ella se estremeció, estrechándose á él en momentánea convulsión.

— Bah, dijo : ¡el final de la pieza! Ande Vd. señor músico. Vd. es un poeta que encuentra tristezas en la misma felicidad.

Cruzaron la calle de San-Luis de la Isla; Marta Liveil, intrigada por aquel rincón de la *Cité* que ella no conocía, se fijó en el campanario de la iglesia. Dayel le contó una visita que había hecho allí una tarde del otoño anterior y el indecible encanto experimentado, en la recogida soledad del santuario, apenas turbada por el rumor de las sillas removidas ó de las pisadas del sacristán, por el discreto deslizarse de un niño del coro ó de un sacerdote que abandonaba el templo, terminado el día.

Explicaba entusiasmado, cómo, de repente, había oído sonar en su fantasía las notas del viejo cantolano, en un concierto de voces puras, que cantaban

ban para él solo la antigua música sacra. Voces de niños, de mujeres, se mezclaban á otras más graves, y, un momento alucinado, había visto las damas de antaño, señoras y burguesas, inclinadas sobre sus reclinatorios ó arrodilladas sobre las losas.

Entraron. Dayel enseñaba á su amiga, impresionada por aquel silencio poblado de voces, las desgastadas y borrosas imágenes de talla, de rostros sencillos; los retratos de damas y señores difuntos enterrados en las capillas.

— Me hubiera gustado vivir en aquellos tiempos, murmuró él, en que los hombres de fe sabían infundir su alma en obras, cuya belleza ignoraban á veces ellos mismos. No tenían la preocupación de agradar á sus oyentes, los admirables músicos que compusieron los himnos litúrgicos; pero su alma entera estaba poseída por una belleza ciega y sublime.

Marta se había detenido ante una de las capillas laterales en que aparecía, pintada sobre un recuadro del friso, la demacrada figura de una dama de finos rasgos en actitud de recogimiento. Fija en ella los ojos entornados, la joven murmuró:

— Parece viva: es como una sombra de piedra.

Realmente el retrato, de contornos gastados, borrados por el tiempo, tomaba, en la débil claridad que tamizaban los ventanales, una intensidad de expresión, una como vida ficticia, en aquella deco-

ración, por milagro conservada, en la cual habría ella amado en vida la alegría dominical.

Marta, impresionada, se estrechaba contra Dayel, ligeramente estremecida por aquella ausencia de sí misma, partida un instante á lejanos tiempos, en un ambiente de silencio poblado de fantasmas, de almas desconocidas que la asaltaban.

— Tengo miedo, dijo.

Salieron y súbitamente los invadió una inmensa alegría emanada del movimiento de la calle, del sol que dardeaba el espejo del río, del verdor, en la punta de la isla. Entonces Marta no pudo ya resistir, consintió en ir á oír á Dayel, á oír la canción de abril.

Se había alzado el viento, esparciendo súbito frescor en la atmósfera ya cálida del naciente verano. La brisa remecía, susurrante, el ramaje de los álamos, de los altos árboles, que asomaban sobre las tapias de los antiguos hoteles sobrevivientes á la invasión moderna. Dayel no hablaba palabra: luego explicó brevemente su temor de turbar aquella armonía.

Y Marta:

— Tiene Vd. razón, Dayel, al anochecer, á veces, todo es música.

Ya en la habitación, Marta se había sentado, y examinaba la estancia, unas cuantas obras de arte